

La Palabra de Dios, Jesucristo, en el corazón de la Iglesia

Carta Pastoral de Mons. Alberto Sanguinetti Montero,
Obispo de Canelones, del 20 de marzo de 2017

Queridos hermanos de la Iglesia de Dios que peregrina en Canelones:

En nuestro caminar como Pueblo de Dios que transita en la Historia, una y otra vez vamos retomando los fundamentos de nuestra fe y nuestra vida cristiana, para saciar nuestra sed de vida y alimentarnos en la fuente perenne que brota del costado de Cristo y alegra la ciudad de Dios.

Este año, en comunión con las opciones de la Conferencia Episcopal, queremos atender de un modo especial a la Palabra de Dios. No se trata de abandonar las otras dimensiones de la vida personal y eclesial, que forman parte de nuestra responsabilidad cotidiana, sino de volver a valor, comprender, escuchar y vivir la el don de la Palabra de Dios.

Como nos recuerda el Papa Francisco: *la Palabra de Dios es un don, es una fuerza viva, capaz de suscitar la conversión del corazón de los hombres y orientar nuevamente a Dios* (Mensaje de Cuaresma 2017).

Por eso, junto con otros elementos que acompañarán nuestro camino, les ofrezco estas reflexiones, tomadas de la fe común de la Iglesia Católica.

1. La Palabra de Dios como misterio

En el lenguaje cristiano, la palabra *misterio* no significa “algo raro o extraño del cual no sabemos nada”. No. La Palabra de Dios es *misterio*, precisamente porque en ella Dios se revela, Dios nos habla, y Dios, aun conociéndolo, precisamente conociéndolo, nos aparece más grande, de una sabiduría más sobreabundante. La Palabra de Dios nos introduce en el misterio de Dios y es ella misma un misterio que nos es comunicado.

Así, pues, como afirma San Efrén, *¿Quién hay capaz, Señor, de penetrar con su mente una sola de tus frases?* (sobre el Diat 1,18). San Pablo afirma: *hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa* (1Cor 2,7). A lo cual comenta San Juan Crisóstomo: *El misterio no admite demostración, pero anuncia lo que es. Y no sería un misterio exclusivamente divino si le añadieras algo por tu cuenta. Por lo demás, se llama misterio porque creemos lo que no vemos: una cosa es la que vemos y otra la que creemos. Tal es de hecho la naturaleza de nuestros misterios*¹.

Que sea *misterio* no significa que sea irracional, o que no se entienda nada, sino que es una realidad superior, más grande, que ilumina la razón, que nos abre a lo que no vemos, que nos introduce en la mente de Dios: cuanto más conocido, más nos envuelve en la nube luminosa de la grandeza de Dios.

1.1. ¿Por qué se revela Dios?

El Concilio nos enseña que Dios ha querido comunicarse con los hombres por un acto libre y complacido, movido por su bondad y sabiduría². Así, pues, el misterio de la Palabra de Dios que se comunica, proviene en primer lugar de su carácter gratuito, libre, generoso, bondadoso. Es, repetimos, un acto, un don generoso de la caridad de Dios.

1.2. ¿Qué nos comunica Dios con su Palabra?

En segundo lugar la grandeza del misterio de la Palabra de Dios está en su propio contenido, en lo que nos revela.

a) en primer lugar, se nos comunica *Dios mismo*, su propia interioridad que no podríamos jamás conocer por nosotros mismos;

1 San Juan Crisóstomo, *Homilía 7 sobre la primera carta a los Corintios*.

2 cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Dei Verbum* sobre la divina revelación n. 2 (en adelante DV).

b) en segundo lugar, nos revela el *designio libérrimo de su amor* para con nosotros, que como depende de su libertad, no se puede deducir de lo que a nosotros nos parezca, ni de lo que pensemos. Es la decisión libre y amorosa del Padre.

1.3. ¿Para qué se nos comunica Dios y nos introduce en su misterio, por medio de su Palabra?

Dios nos habla para que tengamos relación con *Él* mismo, revelándose Padre en su Hijo único, para que seamos salvados, divinizados, transformados por la comunión en la vida de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ver a Dios y tener comunión con *Él* es la vida plena y verdadera. De esta forma toda nuestra vida es una amistad con Dios y un seguimiento de su voluntad.

Así la plenitud de la revelación de Dios es una entrega de Dios mismo, una autocomunicación, el Padre se nos da a conocer por su Hijo, en el Espíritu Santo. Así nuestra relación se vuelve filial con el Padre, que nos adopta como hijos y a quien nos unimos por la comunión con Cristo en el Espíritu.

Consideremos, hermanos, qué increíblemente bueno y sabio ha sido el Padre, cuando ha salido al encuentro de nosotros, creaturas y pecadores, para anunciarnos el perdón y la misericordia, para introducirnos por Cristo en la vida de hijos de adopción, para darnos a conocer la plenitud de la verdad de su ser y sus designios de paz y no de aflicción (Jer 29,11), para atraernos a sí y guiarnos por su Espíritu.

Somos invitados al silencio, a la acción de gracias, a dejarnos conducir al misterio de Dios y de su voluntad, para seguirlo en obediencia y humildad.

2. Cristo es la Palabra de Dios, supremo revelador y plenitud de la revelación

Al revelarse Dios en Jesús, hemos conocido que el mismo Cristo es el Hijo eterno, la Palabra del Padre. Nos dio a conocer que en el seno de Dios, el Padre siempre pronuncia a su Hijo, su Palabra o Verbo eterno, que es también Dios. El Verbo o Logos o Palabra existe desde siempre, desde el principio, y está en el seno de Dios el Padre y es Dios con el Padre (cf. Jn 1,1-2). Al encarnarse, es decir, al tomar para sí una naturaleza humana (alma y cuerpo), uniéndolos a su persona divina, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es la plena revelación de Dios. *Y el Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad* (Jn

1,14). Si bien a Dios, el Padre, nadie lo ha visto jamás, el Hijo único que está en el seno del Padre lo ha dado a conocer y nos conduce a Él (cf. Jn 1, 18)

Jesucristo -ver al cual es ver al Padre (cf. Jn 14, 9),- con toda su presencia y manifestación de sí mismo, con sus palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, con el envío, finalmente, del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con testimonio divino que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna (DV 4).

La Iglesia toda, y en ella cada cristiano, proclama que la Palabra de Dios es Jesucristo. En él el Padre lo ha dicho todo. Él es personalmente la Palabra, el Verbo de Dios, y se manifiesta en palabras y hechos, definitivamente en su bienaventurada pasión, su santa resurrección del lugar de los muertos y su gloriosa ascensión a los cielos. En su segunda venida se desplegará ante toda la luz de su verdad.

Como enseña el Concilio: *“La economía cristiana (la disposición salvadora de Dios en Cristo), por tanto, como alianza nueva y definitiva nunca pasará, y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (cf. 1 Tm 6, 14; Tt 2, 13)” (DV 4).*

Por ello, va contra la fe esperar una mayor revelación, o creer que nosotros vamos a creer más y mejor que los apóstoles y nuestros santos padres, o que vamos a corregir la fe recibida desde el principio. Sí, es verdad, que la Iglesia va profundizando lo que se reveló plena y totalmente para siempre. Pero es la misma e idéntica fe, católica, plena, que la Iglesia, Virgen y Madre, guarda incontaminada y proclama en su totalidad a todos los pueblos.

Los nombres fundamentales de Jesús, en el seno del Padre, nos dan a conocer su persona divina, como comunicación:

Él es **Hijo**, de la misma naturaleza – consubstancial al Padre – que es engendrado antes de todos los siglos. El Hijo ve al Padre, comunica las palabras del Padre, hace las obras del Padre, es en todo semejante a él y todo lo que ha visto al Padre lo da a conocer a los que elige como amigos, (cf. Jn 15,14), para que, recibiendo el Espíritu, sean hechos hijos de adopción, coherederos de Cristo cf. (Rom 8, 16-17), sufriendo con Él para ser glorificados con Él.

Él es **Verbo** o *Palabra Logos* en que el Padre se expresa engendrándolo espiritualmente, sin antes y después. Por ello, toda la creación es manifestación del Logos, que es el Hijo, el Verbo por quien todo fue hecho (cf. Jn 1, 2). En él está la vida y la vida es la luz de los hombres (cf. Jn 1,3). El Verbo encarnado es la total palabra entregada. A él hemos de escucharlo (cf. Mt 17,5).

El Hijo es *Imagen de Dios invisible* (Col 1,15), *resplandor de su gloria e impronta de su sustancia* (Heb 1,3). Porque es imagen en el seno de la Trinidad, hecho hombre, se manifestó en imagen y es la plena imagen de Dios. Es ésta la razón profunda por la cual podemos y debemos no sólo escucharlo y decirlo con palabras, sino también representarlo en imágenes, puesto, que él es imagen.

3. La revelación de Dios al mundo es preparada por el Espíritu Santo y culmina en la entrega del Espíritu

En el seno de la Trinidad a la generación del Verbo sigue (sin tiempo) la procesión del Espíritu Santo.

El misterio interior de Dios, las procesiones divinas, es decir, el origen sin tiempo ni división del Hijo y del Espíritu del Padre que es principio sin principio, se expresan en las misiones divinas, es decir, el envío, la nueva presencia de las Personas Divinas en el mundo y en el hombre.

La misión (envío) del Hijo y la del Espíritu Santo son inseparables y constituyen una única economía de la salvación (VD 15).

Los dos sacramentos fundantes de la iniciación cristiana, el bautismo y la confirmación, son participación, inmersión y unción, en la misión del Hijo y del Espíritu, por lo que llevan a plenitud la vida de fe de los hijos de Dios en la Iglesia. El don del Padre, por su Hijo en el Espíritu se actualiza en cada Eucaristía, en la Santa Misa, y nos va haciendo partícipes de la naturaleza divina, para alabanza de la gloria de su gracia.

También el misterio de la Palabra de Dios es participación de las misiones del Hijo y del Espíritu. El Espíritu Santo, en su envío a la creación y a la salvación, es el primero en ser enviado, como preparación de todo y es también la culminación de la venida de las personas divinas al mundo, el don por excelencia.

Él se cernía sobre las aguas en la creación, él habló por los profetas, ungió a reyes y sacerdotes. Él descendió sobre María en la encarnación del Verbo y lo colmó con la unción en el Jordán. La plena efusión del Espíritu del resucitado, Señor de la Gloria, es la culminación en la Iglesia de la acción del Espíritu junto al Verbo, en la creación, en la Historia de la Salvación, en la inspiración de los profetas y en la inspiración de las Sagradas Escrituras y en la predicación de la Iglesia, fiel a la Tradición apostólica.

La letra mata, el Espíritu da vida (2 Cor 3,6). La sola palabra, si estuviera ajena al Espíritu mataría. Ahora bien el Evangelio de Jesús viene con la fuerza del Espíritu, Señor y dador de vida.

4. El único Verbo de Dios, Jesucristo, en “palabras de Dios”

Manteniendo lo dicho anteriormente, esto es, que Jesucristo es el único y total Verbo del Padre, dada nuestra limitación, entra en el designio de Dios que el Verbo se vaya manifestando en el tiempo – por lo cual hay una Historia de la Revelación y también que se haya manifestado con hechos y palabras íntimamente unidos, “*de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas*” (DV 2).

En este sentido podemos decir que toda la Palabra de Dios es sacramental, en cuanto es visible e invisible, temporal y eterna. Así lo es el Verbo encarnado y toda comunicación de la Palabra de Dios que no es sólo idea o pensamiento, sino también acción, manifestación, comunicación.

Esto forma parte del abajamiento de Dios, que quiso acostumbrarse a poder dialogar con los hombres, al tiempo que a nosotros nos preparaba a tratar con él³. Esta condescendencia de Dios lo llevó a hablar su única Palabra en palabras humanas, parciales, limitadas, que se han de comprender unas con las otras.

Por eso hay un sentido “analógico” del término Palabra de Dios, es decir, un sentido totalmente pleno – Jesucristo, Verbo de Dios – y otras realidades que son también Palabra de Dios en un sentido verdadero, pero limitado y participado.

Así podemos decir que Dios, el Padre y su Verbo, nos hablan en la creación. Ésta es de alguna forma “*el libro de la naturaleza*” y por ella, podemos alcanzar algo de la belleza, sabiduría y el poder del Creador. También es Palabra que se manifiesta y obra en la historia de la salvación.

La Palabra se manifiesta, en efecto, como la Palabra eterna de Dios, se refleja en la creación, asume un perfil histórico en los profetas, se revela en la persona de Jesús, resuena en la voz de los Apóstoles, permanece en la Tradición viva de la Iglesia y hoy es proclamada por ella.

Por ello, después de Jesucristo Verbo de Dios, con mayor propiedad se llama Palabra de Dios a la Tradición viva de la Iglesia y a las Sagradas Escrituras.

3 Cf. Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, 3, 20, 2.

5. La Tradición viva de la Iglesia

Jesucristo entregó su Palabra a los Apóstoles y ellos, como embajadores y legados suyos, con su fuerza y la acción del Espíritu proclamaron el Evangelio a todas las naciones. Así la palabra de Jesucristo se hace presente por la predicación apostólica.

“Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones. Por ello Cristo Señor, en quien se consuma la revelación total del Dios sumo, mandó a los Apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio, comunicándoles los dones divinos” (DV 7)

Los apóstoles enseñaron y mandaron guardar todo lo enseñado de palabra o por todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree (cf. DV 8).

“La palabra predicada por los apóstoles, obedeciendo al mandato de Jesús resucitado: ‘Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación’ (Mc 16,15), es Palabra de Dios. Por tanto, la Palabra de Dios se transmite en la Tradición viva de la Iglesia” (VD 7).

Como nos enseña el Concilio *“Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta tradición, cuyos tesoros se comunican a la práctica y a la vida de la Iglesia creyente y orante. Por esta Tradición conoce la Iglesia el Canon íntegro de los libros sagrados, y la misma Sagrada Escritura se va conociendo en ella más a fondo y se hace incesantemente operativa, y de esta forma, Dios, que habló en otro tiempo, habla sin intermisión con la Esposa de su amado Hijo; y el Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por ella en el mundo, va induciendo a los creyentes en la verdad entera, y hace que la palabra de Cristo habite en ellos abundantemente (cf. Col., 3,16)”* (DV 8).

La escucha católica de Jesucristo incluye necesariamente la escucha de la Tradición viva como nos ha llegado hasta hoy.

En este sentido, nosotros no seguimos un libro, sino a Jesucristo, y a Él en el seno de la predicación viva de la Tradición de la Iglesia.

6. Las Sagradas Escrituras

La Palabra de Dios se recibe de un modo singular en la Palabra de Dios escrita, que testimonia la predicación apostólica y la recepción de los libros de la Antigua y Nueva Alianza.

Por la misma Santa Tradición recibimos estos libros santos. La Tradición viva de la Iglesia nos hace comprender de modo adecuado la Sagrada Escritura como Palabra de Dios.

Aunque el Verbo de Dios precede y trasciende la Sagrada Escritura, ésta en cuanto inspirada por Dios, contiene la palabra divina (cf. *2 Tm 3,16*) «*en modo muy singular*».

Esta singularidad del texto sagrado como Palabra de Dios le viene por el hecho de ser *inspirado por el Espíritu Santo*. Se le reconoce toda la importancia al autor humano, pero se ha de reconocer a Dios como su verdadero autor.

De la inspiración se deduce la total verdad o inerrancia de la Escritura. “*Los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra*” (VD 19). Por tanto, “*toda la Escritura, inspirada por Dios, es útil para enseñar, reprender, corregir, instruir en la justicia; para que el hombre de Dios esté en forma, equipado para toda obra buena*” (*2 Tm 3,16-17*).

Esto implica todo el esfuerzo por comprender lo que el autor humano quiso decir, pero a través de ello hemos de llegar al sentido de lo que Dios quiso enseñar.

La Iglesia tiene una especialísima devoción y reverencia a las Sagradas Escrituras, por su contenido, por su inspiración, por ser un don de Dios a su pueblo para llevar adelante el diálogo de la salvación. Como recuerda el Concilio, “*la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia*” (DV 21).

Estamos invitados a renovar nuestra fe en las Sagradas Escrituras, nuestro amor a ellas, nuestra gratitud por tan grande don de Dios. Por cierto, esto debe pasar a renovar y hacer crecer la presencia de la escucha de la Palabra de Dios en las Escrituras en toda nuestra vida personal y comunitaria, en las responsabilidades cotidianas y en la tarea pastoral.

En particular la celebración de la Palabra en la Liturgia ha de ser centro de nuestro diálogo con Dios, nuestra oración y alabanza, nuestra obediencia y servicio.

7. Unidad y pluralidad. Antiguo y Nuevo Testamento

La Iglesia recibe como Palabra de Dios e inspirados los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, testigos de la revelación de Dios. Aquéllos, iluminados por la plenitud de Cristo, mantienen su valor y forman parte del cuerpo de las Escrituras, que se puede comparar al cuerpo de Cristo. Por eso, es necesaria una introducción al Antiguo Testamento y un mayor conocimiento de él, porque sin ellos no se comprende el sentido del Nuevo.

En particular los salmos forman parte de la oración cotidiana de la Iglesia y de los textos de oración de la Santa Misa.

Los escritos del Nuevo Testamento proclaman la totalidad del misterio de Cristo, Verbo encarnado, enviado por el Padre. Su pasión, resurrección y glorificación, junto con el envío del Espíritu Santo son la plenitud de la Historia de la Salvación y de la Revelación de Dios y su designio de amor. De esta forma Jesús glorificado junto al Padre es la clave de comprensión de toda la Palabra de Dios.

Entre todas las Escrituras, incluso del Nuevo Testamento, *“los Evangelios ocupan, con razón, el lugar preeminente, puesto que son el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo Encarnado, nuestro Salvador”* (DV 18).

“La Iglesia siempre ha defendido y defiende que los cuatro Evangelios tienen origen apostólico. Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Cristo, luego, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ellos y los varones apostólicos nos lo transmitieron por escrito, fundamento de la fe, es decir, el Evangelio en cuatro redacciones, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan”, “que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús” (DV 18).

Los Evangelios son un género propio de exponer, puesto que son predicaciones y están dirigidos a diferentes comunidades y circunstancias. De todas formas, *“la Santa Madre Iglesia firme y constantemente ha creído y cree que los cuatro referidos Evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilar, comunican fielmente lo que Jesús Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día que fue levantado al cielo”* (DV 19).

8. La interpretación de la Palabra de Dios: Escrituras, Tradición y Magisterio

La única Palabra de Dios participada a los hombres está contenida en la Tradición y las Escrituras. Pero éstas no son realidades aisladas. La Tradición viva se nutre constantemente de la escucha de las Escrituras. Las Escrituras las recibimos como tales de la Tradición y a su vez las comprendemos en el seno de la Tradición viva.

Ambas forman un solo depósito sagrado de la Palabra de Dios.

“Pues, la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma divina fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin” (DV 9).

Aunque toda la revelación de Dios está contenida en las Sagradas Escrituras y en la Tradición, ha de tenerse en cuenta que *“la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas. Por eso se han de recibir y venerar ambas con un mismo espíritu de piedad” (DV 9).*

El Magisterio de los sucesores de los Apóstoles, del Papa en particular y de los obispos, no es Palabra de Dios. Es Tradición viva en cuanto predica la Palabra de Dios.

Pero sí al Magisterio del Papa y de los obispos se les ha encomendado cuidar de la predicación y de la interpretación de la Palabra de Dios, recibida de la Iglesia. El Papa y los obispos en su magisterio están sujetos a la Palabra de Dios y a su vez tienen el ministerio o servicio de cuidar esa Palabra para que siempre sea fielmente y enteramente enseñada y proclamada.

Con palabras del Concilio: *“Este Magisterio, evidentemente, no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer” (DV 11).*

Ha de recibirse como Magisterio aquello que se enseñe para ser creído y como partícipe de la fe de la Iglesia, distinguiéndolo de opiniones particulares – aún de los ministros - sobre objetos que no forman parte de la revelación. En toda circunstancia hemos de cuidar la unidad de la Iglesia y mantener el debido respeto.

En una compleja articulación las Sagradas Escrituras, la Tradición y el Magisterio, unidos entre sí, forman parte de cómo la Iglesia ha recibido del Señor y

el Espíritu Santo mantiene la integridad católica del anuncio y de la fe recibida de los apóstoles.

Cuanto venimos reflexionando nos destaca el carácter eclesial de la transmisión de la fe y de la comprensión de la Palabra de Dios.

La cultura moderna tiene una tendencia individualista exagerada aún en lo religioso e incluso en lo cristiano. A veces se tiende a una lectura de la Biblia, como un libro dado para que cada uno tome, interprete y decida autónomamente lo que le parezca, sin considerar la fe y predicación de la Iglesia, de los Santos Padres y toda la Sagrada Tradición.

Algunas veces, con grande ignorancia, se toma una frase aislada de la Biblia como si ésta fuera un recetario, sin comprensión de su significado en la totalidad de la revelación de Dios. Incluso con arrogancia se le enfrenta con lo que la Iglesia siempre y en todas partes enseña o hace.

Es verdad que la Iglesia misma está sujeta a la Palabra de Dios, no la inventa ni es su dueña. Pero también es verdad que la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, comunica e interpreta la Palabra de Dios, contenida en el único depósito de las Escrituras y la Tradición. Por eso, la escucha y comprensión de las Sagradas Escrituras es en primer lugar eclesial, sobre todo en lo que atañe a la fe y la moral.

Esto no quita que haya una alimentación personal con la Palabra de Dios. Al contrario, confesando juntos la fe católica y apostólica, cada uno debe escuchar el llamado personal que Dios le hace, dentro de la comunión de la Santa Iglesia, que es nuestra Madre.

“Donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia: pues el Espíritu es la verdad —enseña san Ireneo—⁴.

9. La Palabra recibida en la fe

Por ser una comunicación libre de Dios y porque nos introduce en conocer realidades que superan nuestra capacidad de conocer, el medio para recibir la Palabra de Dios es la fe.

⁴ Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, III, 24, 1.

9.1. La fe humana o el creer en la vida humana

Como un paso previo a reflexionar sobre la fe cristiana, es bueno pensar un poco en la realidad de la fe, del creer en el testimonio de otros, en toda la vida humana.

A veces los que no creen en Dios se presentan como meramente racionales, que sólo afirman lo que experimentan o conocen por su razón, en oposición a los que tienen fe religiosa como unos crédulos sin fundamento.

Pues esto no es así. La fe humana (es decir, el aceptar conocer por medio del testimonio de otro) es una constante de la vida de todos los hombres: en este sentido todos creemos. Por ejemplo, la mayor parte de las cosas que sabemos las aceptamos por fe (humana), creyendo en quienes lo afirman. Así en casi todas las ciencias aceptamos los datos, los experimentos que han hecho otros. También en la vida cotidiana le creemos al almacenero que el producto que vende es lo que él dice (no está adulterado o es otra cosa, como un veneno, por ejemplo). En la vida más íntima creemos a nuestros padres, que ellos son verdaderamente nuestros padres y construimos nuestra personalidad en base a esa creencia. Creemos a los que nos dicen querernos y amarnos y en base a esa creencia establecemos una determinada relación. Más aún, con los límites que sea, cada cual cree que la vida tiene un sentido –puede equivocarse o no–, que aún vale la pena vivir; de lo contrario, haría cualquier cosa o desesperaría en absoluto.

En fin, creer, es decir aceptar libremente el testimonio de otros seres inteligentes y libres y, fundados en ello, tomar por verdadero y valioso lo que nos dicen, es un modo legítimo y necesario de conocer, de tomar resoluciones, de asumir responsabilidades, de amar. En este sentido creer y aceptar por fe es parte de la apertura del espíritu humano a la inmensidad de la realidad y, teniendo las condiciones de credibilidad, es imprescindible para la vida de cada uno, de la cultura y de la convivencia.

9.2. La fe religiosa común

La fe religiosa, en general, se basa en el razonamiento de que la razón última de todo esto que existe y en particular el hombre no tienen su último sentido en sí mismo, sino en un ser inteligente, libre, todopoderoso. El aceptar por la razón la existencia de Dios es un acto de la razón, pero el entregarse a él o buscarlo, es un acto de fe, es decir que la voluntad, la libertad acepta relacionarse con él.

Según la fe católica “Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con seguridad por la luz natural de la razón humana, partiendo de las creaturas⁵. De aquí surge que la mayor parte de la humanidad alcanza de alguna forma a reconocer a Dios y a creer en él. Esto no quita que con frecuencia esa creencia esté unida a errores tanto sobre la naturaleza de Dios, cuanto sobre su voluntad y el camino de la unión con Dios.

Por eso, a la afirmación anterior, el Concilio agrega que hay que atribuir a revelación divina “*el que todos, aun en la presente condición del género humano, puedan conocer fácilmente, con firme certeza y sin ningún error, las cosas divinas que por su naturaleza no son inaccesibles a la razón humana*”⁶.

Ese común sentido de Dios, de su poder creador, de su providencia y bondad, es lo que funda la relación entre todos los creyentes en Dios. “*Cuanto hay de bueno y verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación del Evangelio y otorgado por quien ilumina a todos los hombres para que al fin tengan la vida*” (LG 17).

A su vez, por cierto las religiones tienen tradiciones de expresión social y común, tienen sabiduría para conducirse en la vida, algunas afirman intervenciones de lo divino en las personas o en la historia. También “*con mucha frecuencia los hombres, engañados por el Maligno, se envilecieron con sus fantasías y trocaron la verdad de Dios en mentira, sirviendo a la criatura más bien que al Creador (cf. Rm 1,21 y 25), o, viviendo y muriendo sin Dios en este mundo, se exponen a la desesperación extrema*” (LG 16). Por eso, también las creencias humanas necesitan ser iluminadas y purificadas por la verdad de Cristo, porque en él pasamos de las tinieblas a la luz admirable de Dios (cf. Col 1, 13).

En este sentido, no es sincero afirmar que todas las religiones son iguales, que todas llevan a lo mismo. Esto es negar que Cristo es la luz, la verdad, la plenitud del conocimiento de Dios.

Hay que respetar a las personas y sus opiniones, pero también hay que confesar la verdad que es Cristo y que él es el juicio de todas las cosas. Él es la revelación total, el único salvador y la revelación del Padre.

5 Cf. Rm, 1, 20; Concilio Vaticano I, Const. dogmática *Dei Filius*, cap. 2 de revelación.

6 Ibidem.

9.3. La fe cristiana: respuesta de obediencia a la Palabra de Dios

El Papa Francisco nos describe el valor de la fe: *“Es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida”* (Papa Francisco, *Lumen Fidei* 4).

La fe cristiana, no niega el valor relativo de la fe religiosa en general, pero es cualitativamente diferente. La fe cristiana es obra y respuesta a Dios que se revela por el testimonio de sí mismo en Jesucristo y nos hace partícipes del conocimiento íntimo, de la vida de Dios mismo y de su plan de salvación. Por eso es verdadera obediencia a la Palabra de Dios.

Porque a Dios que se revela hay que prestarle «la obediencia de la fe» (Rm, 16, 26; cf. Rm, 1, 5; 2 Cor, 10, 5-6). Por esta obediencia de la fe, el hombre se entrega libre y totalmente a Dios, prestando *“a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad”* y *asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él*” (DV 4).

En la fe cristiana le creemos a Dios mismo que se revela, creemos que Él es el habla y Él mismo es la verdad que está entregándonos. La “obediencia de la fe”, es la respuesta personal, en la que el hombre entrega su mente y la dirección de su vida. Participa, por la gracia del Espíritu Santo de la obediencia filial de Cristo al Padre. Por esta obediencia de la fe, somos hechos hijos de Abraham, que marchó como le había dicho el Señor, que confió y su fe fue tomada como justicia. Esta fe nos hace partícipes de las promesas divinas hechas a Abraham, herederos de Dios y coherederos con Cristo.

La obediencia a la Palabra de Dios y la escucha humilde de la Tradición, con la aceptación del Magisterio de la Iglesia, van formando la *conciencia* del cristiano.

Los hombres hemos de seguir la voz de la conciencia. Pero ésta no debe confundirse con una mera opinión personal, ni seguir simplemente los intuiciones o, peor aún, los gustos propios. La conciencia se debe formar con los mandamientos de la Ley de Dios, los ejemplos de los santos, las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. Con verdadero temor del Señor, somos conscientes de que con facilidad nos engañamos y buscamos la propia voluntad, por lo cual necesitamos

la guía de la verdad de Cristo y la ayuda del Espíritu, para que nuestra conciencia no caiga en el error y para que tengamos la valentía de morir a nosotros mismos, para cumplir la voluntad de Dios.

9.4. La fe cristiana: obra de la gracia del Espíritu Santo

Jesús nos enseña que nadie puede creer en él, si el Padre no lo atrae con una enseñanza interior (cf. Jn.6, 44,65). Y San Pablo nos enseña que nadie puede reconocer a Jesús como Señor, es decir, como Dios, si no es en el Espíritu Santo (cf. 1 Cor 12,3).

Por eso, *“para profesar esta fe necesitamos la gracia de Dios que previene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da «a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad».* Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo *Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones* (DV 5).

Así, pues, toda la fe es obra del favor generoso del Padre que nos ha llamado en Cristo, en él se nos ha revelado, y que, por la acción interior del Espíritu diviniza en entendimiento y la voluntad, para que tengamos la mente de Cristo (I Cor 2,16).

“Quisiera subrayar también, -dice Benedicto XVI- con respecto a la relación entre el Espíritu Santo y la Escritura, el testimonio significativo que encontramos en los textos litúrgicos, donde la Palabra de Dios es proclamada, escuchada y explicada a los fieles. Se trata de antiguas oraciones que en forma de epiclesis invocan al Espíritu antes de la proclamación de las lecturas: ‘Envía tu Espíritu Santo Paráclito sobre nuestras almas y haznos comprender las Escrituras inspiradas por él; y a mí concédeme interpretarlas de manera digna, para que los fieles aquí reunidos saquen provecho’. Del mismo modo, encontramos oraciones al final de la homilía que invocan a Dios pidiendo el don del Espíritu sobre los fieles: ‘Dios salvador... te imploramos en favor de este pueblo: envía sobre él el Espíritu Santo; el Señor Jesús lo visite, hable a las mentes de todos y disponga los corazones para la fe y conduzca nuestras almas hacia ti, Dios de las Misericordias’. De aquí resulta con claridad que no se puede comprender el sentido de la Palabra si no se tiene en cuenta la acción del Paráclito en la Iglesia y en los corazones de los creyentes”⁸.

7 C. Vaticano I, Const. *Dei Filius*, cap. 3 de fide, cita Aur II, c.7.

8 Benedicto XVI, Exhortación apostólica Postsinodal *Verbum Domini*, n. 16.

9.5. La fe de Cristo, comienzo de la vida eterna

La fe que asiente a la Palabra de Dios, a Cristo mismo, por la acción del Espíritu, nos hace participar del conocimiento que el Hijo Unigénito tiene del Padre. Este conocimiento, que es comunión de amor y seguimiento es ya participación de la vida eterna, que es la comunión vital en el diálogo el intercambio de las Personas Divinas. Por eso “el que cree tiene vida eterna” (Jn 6,47), es decir, la vida de Dios, porque, como enseña Jesús, “ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17,3).

Así la fe en la Palabra de Dios nos lleva a buscar conocer a Dios, a buscar su rostro (cf. Sal. 26,8). Si la revelación de Jesucristo nos hace ya comenzar la vida trinitaria, es también un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14). Por eso, la fe debe hacer crecer en nosotros el amor a Dios y el deseo de verlo, de contemplarlo cara a cara. Todos los santos – enamorados de Jesús y de su palabra – han vivido la sed de Dios y el anhelo de contemplarlo directamente.

A su vez, la Palabra de Jesucristo, que nos sitúa frente al Padre, también nos pone delante de su santidad y de su juicio definitivo.

Habrá y hay un juicio de Dios. Si por absurdo no lo hubiera, ni Dios sería Dios, ni la vida humana y su moral tendría ningún sentido: todo sería un juego más o menos relativo, conducente a la nada.

La Palabra de Dios proclama ante nosotros el juicio divino, que ha sido puesto en manos de Jesucristo, que de nuevo vendrá con gloria como juez de vivos y muertos. Con humildad, santo temor de Dios y confianza, la fe nos lleva a refugiarnos en la misericordia divina, a esperar con corazón de pobres, a pedir la gracia de la conversión y a jugar nuestra libertad como fieles seguidores de la verdad.

La Palabra de Dios en Jesús nos ha dado la última revelación de Dios y nos enfrenta también ante el absoluto de su llamado, de la alianza en la que nos introduce y de la elección de la vida eterna. Por eso, el modelo de todo creyente en Jesús es el mártir, el que cree hasta dar la vida por él.

La cultura trivial que nos rodea – la llamada cultura líquida – quiere presentar que todo es como agua que se escurre entre los dedos y que todo es más o menos lo mismo y nos tienta a dudar de la verdad en sí misma y de la verdad del valor de los actos humanos. Ese relativismo – que se presenta como una liberación – en realidad es la dictadura del sinsentido, que lleva a la dominación del más fuerte y a justificar lo que se quiera.

En cambio la fe nos abre a la verdad del don de la vida eterna, para la cual fuimos creados y redimidos, a esperar la vida del mundo futuro, a someternos

con humildad al juicio de Dios, a esforzarnos para entrar por la puerta estrecha que lleva al paraíso (cf. Mt 7,14), a confiar en que Cristo nos conduce a la morada del Padre, a vivir como los santos atraídos por el deseo de ver a Dios⁹.

9.6. Actitudes y virtudes que acompañan la fe

Los caminos para acercarse a la Palabra de Dios son muchos y cada uno puede agradecer cómo el Señor lo atrae. Los momentos de escucha en la vida también son muchos y variados. Podemos llegar a la fe por haberla recibido en la familia; puede abrirnos a ella un momento de angustia y de búsqueda de sentido, o nos mueve el deseo de conocer y amar mejor; el mismo pecado – si la gracia de Dios nos mueve – puede ser ocasión de buscar el juicio de Dios y su perdón.

En toda circunstancia el encuentro con Jesucristo, Palabra de Dios, y la respuesta de fe, apelan antes que nada a la *confianza* y el abandono en Dios. A veces esta misma confianza pide una lucha –porque estamos atados a nuestro plan – o porque precisamente estamos en angustia y desesperanza.

La escucha de Dios que nos habla está unida a la *humildad* de corazón. La humildad es más que una actitud social en relación a los demás. La humildad es reconocer que Dios es Dios y ponerse en sus manos, no anteponiendo nada a su Palabra. Esto no significa que no podamos tener combates entre nuestras ideas y la Palabra de Dios; pero siempre hemos de aceptar que Dios es luz y buscar dejarnos iluminar por quien es la verdad. Con humildad nos sometemos al Señor que nos dice: *“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos - oráculo del Señor. Porque cuanto aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros”* (Is 55,8-9).

Esta humildad de corazón la necesitamos para presentarnos ante el Señor, pero también la pedimos como gracia y la recibimos de la misma Palabra, que nos va liberando de nuestras ataduras. La humildad nos lleva a reconocer sin complejos nuestra pequeñez y a reconocer confiadamente nuestra dependencia de Dios, a ponernos en sus manos, a pedir una y otra vez, a esperarlo todo de su misericordia. Como enseña el apóstol: “si decimos: ‘no tenemos pecado’, nos engañamos y la verdad no está en nosotros, si reconocemos nuestros pecados,

9 Ignacio de Antioquía, ad Romanos 7: “Mi amor está crucificado, y no queda ya en mí fuego para consumir la materia, sino sólo una agua viva que habla dentro de mí diciéndome desde mi interior: ‘Ven al Padre’”.

fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia. Si decimos: ‘No hemos pecado’, le hacemos mentiroso y su Palabra no está en nosotros” (I Jn.1,8-10).

La escucha de la Palabra en la fe, como oíamos antes, es un acto de *obediencia* a Dios que nos habla. La obediencia siempre cuesta, porque somos soberbios, porque queremos hacer nuestra voluntad, porque nos agarramos a nuestros pensamientos, porque tenemos miedo a depender de otro, aunque sea Dios. La obediencia de la fe es entregar la mente a Dios, para que él nos guíe: entregar la mente es entregar la dirección de nuestra vida. Este proceso pide una continua purificación de nuestra mente, nuestras ideas, para someternos a la luz, la verdad de Dios. Esta obediencia es un acto supremo de la voluntad para seguir a Jesús, para liberarnos de nuestra autosuficiencia, en donde está la raíz de todo pecado.

Por el acto de fe nos entregamos a Dios que nos perdona y reconcilia gratuitamente por la gracia de la pasión de Cristo, e inseparablemente, ayudados por la misma gracia del Espíritu Santo, somos llamados a ordenar toda nuestra existencia según el llamado de Dios. Así la fe ilumina toda la vida moral del cristiano y la rige su conducta según los mandamientos divinos. La fe se realiza en la fidelidad a la alianza sellada en la cruz de Cristo. La fe nos conduce a la fidelidad, a la unión de fe y vida, escuchando la Palabra de Dios y poniéndola por obra, de tal forma que viendo nuestras obras, los hombres glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos (cf. Mt 5, 16). En este sentido una fe sin obras está muerte (St 2,26) y el que no cumple los mandamientos es un mentiroso (1 Jn 2,4).

La Palabra de Dios sana las heridas de nuestra rebelión, de nuestro extravío por caminos propios y nos conduce a la libertad de los hijos de Dios. Para este proceso la Palabra de Dios actúa con la gracia del Espíritu Santo que ilumina, libera, mueve al arrepentimiento, atrae hacia Cristo y el Padre, enardece la caridad Dios y con el prójimo.

En todo ello, la escucha de la Palabra de Dios está inmersa en la oración, en el diálogo de Dios con los hombres, con sus hijos, y de nosotros con Él. Por eso, siempre hemos de acercarnos pidiendo la gracia de escuchar y atender la Palabra de Dios.

10. Palabra de Dios y silencio

A veces se considera el silencio como ausencia de ruido – y de algún modo lo es –. En la experiencia vital del ser humano el silencio es parte del encuentro consigo mismo, con el misterio, en último término con Dios. De aquí que la

falta de silencio esté unida a un embotamiento de la conciencia, de la mirada más profunda al sentido de la existencia.

En *Verbum Domini* se nos recuerda que la misma Palabra de Dios en Jesucristo culmina en el silencio. “*Como pone de manifiesto la cruz de Cristo, Dios habla por medio de su silencio. El silencio de Dios, la experiencia de la lejanía del Omnipotente y Padre, es una etapa decisiva en el camino terreno del Hijo de Dios, Palabra encarnada*”. “*El Verbo enmudece, se hace silencio mortal, porque se ha «dicho» hasta quedar sin palabras, al haber hablado todo lo que tenía que comunicar, sin guardarse nada para sí... El silencio de Dios prolonga sus palabras precedentes. En esos momentos de oscuridad, habla en el misterio de su silencio. Por tanto, en la dinámica de la revelación cristiana, el silencio aparece como una expresión importante de la Palabra de Dios*”.

“*Este silencio de la Palabra se manifiesta en su sentido auténtico y definitivo en el misterio luminoso de la resurrección. Cristo, Palabra de Dios encarnada, crucificada y resucitada, es Señor de todas las cosas; él es el Vencedor, el Pantocrátor, y ha recapitulado en sí para siempre todas las cosas (cf. Ef 1,10)*” (VD 12).

Ya San Ignacio de Antioquía destacaba el silencio en el misterio de Cristo. Primero en el seno de la Trinidad, recuerda el testimonio de los profetas, de “*que hay un solo Dios que se manifestó a través de Jesucristo su Hijo, que es su Verbo que procede del silencio, el cual en todas las cosas agradó a Aquel que le había enviado*”¹⁰. También los misterios centrales de Jesús, que quedaron ocultos al Demonio y son manifestados a los creyentes, fueron realizados en silencio. “*Al príncipe de este mundo le ha sido ocultada la virginidad de María, y el parto de ella, al igual que la muerte del Señor: tres misterios sonoros, que fueron realizados en el silencio de Dios*”¹¹.

En el silencio obró y enseña el único Maestro, por ello, para escucharlo hemos de entrar en su silencio. “*Pues, pues, más que un solo maestro, aquél que, ha hablado y todo ha sido hecho, y las cosas que ha hecho en el silencio son dignas de su Padre. Aquél que posee en verdad la palabra de Jesús puede entender también su silencio, a fin de ser perfecto, a fin de obrar por su palabra y hacerse conocido por su silencio. Nada es oculto al Señor, sino que hasta nuestros mismos secretos están cerca de Él. Hagamos, pues, todo como aquellos en quienes Él habita, a fin de que seamos*

10 San Ignacio de Antioquía, *epístola a los magnesios* 8.

11 San Ignacio de Antioquía, *epístola a los efesios* 19.

*sus templos, y que Él sea en nosotros nuestro Dios, como en efecto lo es, y se manifestará ante nuestro rostro si lo amamos justamente*¹².

Así, pues, si el silencio, de alguna forma es la culminación de la Palabra divina, también lo es del escuchar humano en la fe.

El silencio envuelve la recepción del misterio de Dios, siempre mayor, que habita una luz inaccesible (I Tim 6,16). El silencio es experiencia del creyente ante la voluntad de Dios, que no es deducible de nuestras ideas y que introduce en el silencio de la cruz. El silencio es parte de la espera paciente y perseverante de la gloria que nos será manifestada.

El silencio y la educación al silencio son imprescindibles para la oración del creyente y, particularmente en la Sagrada Liturgia. En ésta se trata no sólo de los momentos de silencio, sino que toda ella, aun cuando se proclama la Palabra, se reza o se alaba, siempre somos introducidos por el Espíritu Santo en el silencio de Dios.

Recuerda *Verbum Domini*: “*Bastantes intervenciones de los Padres sinodales han insistido en el valor del silencio en relación con la Palabra de Dios y con su recepción en la vida de los fieles. En efecto, la palabra sólo puede ser pronunciada y oída en el silencio, exterior e interior. Nuestro tiempo no favorece el recogimiento, y se tiene a veces la impresión de que hay casi temor de alejarse de los instrumentos de comunicación de masa, aunque solo sea por un momento. Por eso se ha de educar al Pueblo de Dios en el valor del silencio. Redescubrir el puesto central de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia quiere decir también redescubrir el sentido del recogimiento y del sosiego interior. La gran tradición patristica nos enseña que los misterios de Cristo están unidos al silencio, y sólo en él la Palabra puede encontrar morada en nosotros, como ocurrió en María, mujer de la Palabra y del silencio inseparablemente. Nuestras liturgias han de facilitar esta escucha auténtica: Verbo crescente, verba deficiunt*” (en la medida en que crece el Verbo Palabra de Dios, sobran las palabras) (VD 66).

11. Fe en la Palabra de Dios y ejercicio de la razón

Ya aludimos antes a que la fe es parte del ejercicio de la razón que acepta conocer por el testimonio de testigos y también acepta tener hipótesis de lo que no puede probar, para ensanchar su horizonte de pensar y actuar.

Pero conviene también plantear otras relaciones entre la fe y la razón.

12 Idem, 15.

En primer lugar quiero recordar que el acto de fe cristiano no es un acto ciego. Si bien es un acto de abandono y obediencia a Dios, atraídos por la gracia divina, sin embargo tener motivos para aceptar que es razonable creer en el anuncio cristiano.

Esa ‘razonabilidad’ que es lo que se pide para todo acto humano de fe se funda en la calidad de los testigos – desde los apóstoles – en la convergencia de los datos, en la coherencia de la doctrina, en la razonabilidad de lo que se nos propone. Por esa razonabilidad del acto de fe cristiano, católico, es que tantos hombres ilustrados, científicos, filósofos, han creído en Dios que se revela, sin ofuscar su razón, sino al contrario atendiendo los motivos de credibilidad de lo anunciado.

Como hablamos anteriormente la fe cristiana en la creación, acepta la razonabilidad de lo creado y también la proclama que el hombre fue creado con razón y libre por parte de Dios. Por esto la Iglesia ha sido no sólo respetuosa de la razón, sino promotora de ella, tanto de la razón filosófica como de la razón científica.

Por ello, la Palabra de Dios, que es la revelación que Dios hace de sí mismo y de su voluntad, no rechaza el uso de la razón en su ámbito propio.

Por cierto no ha de confundirse esto con el racionalismo cerrado que afirma que todo lo que no puede probar por la razón – o más estrecho aún por la razón científica – no se puede conocer. Esta postura va contra la misma razón, porque no es razonable poner límite a lo que puede ser conocido, ni determinar que Dios no pueda comunicarse libremente.

En este sentido el diálogo de fe y razón ha sido siempre útil y necesario en la vida de la Iglesia y de la cultura.

Juan Pablo II, en su Carta encíclica *Fides et ratio*, ha mostrado cómo la fe y la razón se complementan y refuerzan mutuamente.

Guiada por la Palabra de Dios, la fe *“ilumina incluso la materia, confía en su ordenamiento, sabe que en ella se abre un camino de armonía y de comprensión cada vez más amplio. La mirada de la ciencia se beneficia así de la fe: ésta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia”* (Papa Francisco, *Lumen fidei* 34).

A su vez, hemos de pensar, en coherencia con la fe los datos de la razón humana, para poder tener una cultura coherente y así también ayudar a comprender la existencia del hombre, su historia, su vida y su futuro.

Ni el fideísmo de repetir fórmulas sin comprenderlas ni pensarlas. Ni el racionalismo o científicismo, que reduce el conocimiento a su propio pensamiento o a la razón matemática. Sino el intelecto que busca la fe para alcanzar la totalidad de la verdad. La fe que busca el entendimiento para comprender mejor en lo que le ha sido revelado.

“Se necesita una fe que, manteniendo una relación adecuada con la recta razón, nunca degenera en fideísmo, el cual, por lo que se refiere a la Escritura, llevaría a lecturas fundamentalistas. Por otra parte, se necesita una razón que, investigando los elementos históricos presentes en la Biblia, se muestre abierta y no rechace a priori todo lo que exceda su propia medida. Por lo demás, la religión del Logos encarnado no dejará de mostrarse profundamente razonable al hombre que busca sinceramente la verdad y el sentido último de la propia vida y de la historia” (VD 36).

En este mundo de ideologías parciales y que recortan la realidad según sus apreciaciones limitadas, la fe nos invita a un realismo integrador. La Palabra de Dios y su cuidado por el Magisterio de la Iglesia no nos impiden pensar, ni nos invitan a no pensar. Pero sí nos liberan de la esclavitud de lo que se impone según la ideología del momento, para creer y para pensar según la libertad de la fe y de la razón. Como lo afirmó el Señor, *“si se mantienen en mi Palabra, serán verdaderamente mis discípulos, y conocerán la verdad y la verdad los hará libres” (Jn 8,32).* Éste es un camino delicado, humilde y perseverante.

12. Fe y culto al Padre

La escucha de Dios que nos habla nos hace vivir continuamente que la fe es un *llamado del Padre*, una vocación, una elección, una gracia de Dios por Cristo en la Iglesia. Por lo mismo la respuesta del cristiano no es nunca sólo una aplicación de unas reglas –que las hay– sino una respuesta filial, gratitud desbordante, entrega de servicio a la vocación que nos indica el Señor.

La respuesta culmina en un acto de culto, de ofrenda a Dios. Jesús le contesta a la Samaritana que los adoradores que quiere el Padre son adoradores en espíritu y verdad (cf. Jn 4,24). Estos adoradores participan de la verdad que es Cristo, el revelador del Padre, que nos da el Espíritu de la verdad que nos lleva a la verdad plena (Jn 14,17; 16, 13).

Adorar, dar culto y servir van juntos. La fe que acepta la palabra del Evangelio, es respuesta de fe y adoración como la del ciego de nacimiento que cree y se prostra (cf. Jn. 9 38). Se vuelve seguimiento y servicio.

Así hacemos nuestra la exhortación apostólica: *“los exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será su culto razonable. Y no se acomoden al mundo presente, antes bien transfórmense mediante la renovación de su mente, de forma que puedan distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo que agrada, lo perfecto”* (Rom 12,1).

El culto del cristiano es él mismo –su cuerpo–, su vida, en respuesta a la voluntad de Dios, a lo que le agrada.

13. La Palabra de Dios en la Sagrada Liturgia

El momento culminante de la proclamación y de la escucha de la Palabra de Dios es la Liturgia de la Santa Iglesia.

Nos referimos, en primer lugar, al lugar explícito que tienen las Sagradas Escrituras en la celebración de los sacramentos y en la Santa Misa.

Como enseña el Concilio, Cristo *“está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla”* (SC 7). No sólo se trata de ideas sobre Dios, no sólo de lecturas acerca de Jesús, sino que es Él mismo quien habla. Por eso el ministro que lee culmina con ¡Palabra de Dios! y contestamos ¡te alabamos Señor!, o ¡Palabra del Señor! y respondemos ¡Gloria a ti, Señor Jesús!

Es sumamente importante que la liturgia de la Palabra sea vivida y recibida como una verdadera liturgia, es decir como lo que es: el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo que une consigo a la Iglesia.

Por eso, todo debe quietarse y enmudecer para que en el silencio sea Cristo el que hable con el poder del Espíritu. Los que leen deben ser servidores de la Palabra, que no entorpezcan como pantallas, sino transparentes para que la luz de la verdad pase a través de ellos. Los que escuchan, recogidos en el silencio exterior e interior, para que sólo resuene la Palabra de Dios en los corazones¹³.

La Liturgia es el mejor modo de escuchar la proclamación de las Santas Escrituras, aun por la selección de sus textos, en consonancia con el año litúrgico y la celebración de los misterios de Cristo. El leccionario – es decir las lecturas

13 La Palabra de Dios en la Liturgia no ha de ser leída individualmente (en una hoja o librito), sino escuchada por todos y cada uno, puesto que la proclamación pública es un acontecimiento de la Historia de la Salvación, en que actúa el Espíritu Santo.

ordenadas para la proclamación en la Misa o también su disposición para el Oficio de lectura – debería ser el libro de cabecera de los fieles, el alimento continuo de su piedad.

La relación entre la Lectura proclamada y la acción sacramental, particularmente en la Misa, muestran la comunión de palabra y acciones propia del actuar de Cristo. La mayor eficacia de la Palabra es en el sacramento en que realiza lo que dice. En este sentido podemos también comprender que la Plegaria Eucarística y la Sagrada Comunión son la mayor comunión con el Verbo hecho carne, entregado y glorificado.

Ahora bien, toda la Liturgia, especialmente la Misa, es Palabra de Dios, porque es ejercicio de la Sagrada Tradición, hecha oración y acto de culto. Por ello la Liturgia es ejecutada según la *lex orandi*, es decir la ley de la oración – en el modo y en el contenido – que proviene desde los apóstoles, desarrollada en la Tradición de la Iglesia. De aquí que la Liturgia según su propia ley de oración – en palabras y en ritos – debe ser realizada no según la comprensión y voluntad de los celebrantes, sino en la obediencia de la fe de la Iglesia, de modo que se mantenga fiel a la Tradición recibida, sea en verdad Palabra de Dios y no sea adulterada. Toda la Liturgia es expresión de la revelación y su recepción por la Iglesia, es parte de la Sagrada Tradición, de modo que las oraciones, son tanto más verdaderas, cuanto más forman parte de la *lex orandi*, como por ejemplo el Gloria de la Misa, el Sanctus, el símbolo de la fe, la Plegaria eucarística.

Tanto los fieles, como pueblo sacerdotal, cuanto los ministros han de ser obedientes a la *lex orandi*, de tal forma que la celebración comunique, viva y realice lo que el Señor quiere. De esta forma la celebración, según la *lex orandi*, trasmite la *lex credendi*, la ley de lo que se ha de creer sin adulterar el depósito de la Revelación. La Liturgia no es expresión de la fe individual o grupal, sino que funda nuestra fe y la hace vivir en la fe virginal de la Iglesia.

Para que la celebración de la Palabra tenga su mayor sentido y eficacia tiene mucho valor que se cante el *salmo responsorial* o, al menos su respuesta. Esto puede hacerse con sencillísimas melodías o aún con un modo. Pero el canto – del que es propiamente un himno – hace que no se trate de una serie de lecturas, sino de una verdadera liturgia.

La Iglesia destaca en su Liturgia el lugar del Santo Evangelio. Por ello, en todas las familias litúrgicas de oriente y occidente el Evangelio es destacado con muchos signos.

En primer lugar, el Evangelionario es un objeto litúrgico propio, que representa al mismo Cristo, Evangelio del Padre: por ello, se trae en procesión, se coloca

sobre el altar – como las ofrendas – se lleva en procesión para ser leído, se aclama con el canto del Aleluia, se incienso, lo proclama el diácono u otro ministro consagrado, tiene introducción y conclusión propia, se escucha de pie, etc.

Durante el Concilio las sesiones se abrían con la entronización del Evangelio, para significar que Cristo, Verbo de Dios, Evangelio del Padre, era quien presidía la asamblea conciliar¹⁴.

Si tal es el lugar del Evangelio, una palabra debe ser dicha sobre la *homilía*, el anuncio actual del Evangelio de Cristo por parte del ministro ordenado. Se nos hace un llamado particular a quienes tenemos este delicado servicio. “*La necesidad de mejorar la calidad de la homilía está en relación con la importancia de la Palabra de Dios. En efecto, ésta ‘es parte de la acción litúrgica’; tiene el cometido de favorecer una mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles. La homilía constituye una actualización del mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida*” (VD 59).

Los predicadores estamos invitados a leer los n.135-159 de la *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco, que nos da riquísimas indicaciones acerca de la homilía.

También todos, en cuanto somos fieles debemos renovar nuestra disposición humilde y de fe, con la que escuchamos la homilía, atentos a la voz del Espíritu Santo en ella.

Las Sagradas Escrituras forman la mayor parte del *Oficio divino* o *Liturgia de las Horas*. El rezo de los salmos – individual o comunitariamente – es uno de los modos más ricos de ser introducido en la Palabra de Dios, que nos va tomando desde dentro.

14 “*Otra sugerencia manifestada en el Sínodo ha sido la de resaltar, sobre todo en las solemnidades litúrgicas relevantes, la proclamación de la Palabra, especialmente el Evangelio, utilizando el Evangelionario, llevado procesionalmente durante los ritos iniciales y después trasladado al ambón por el diácono o por un sacerdote para la proclamación. De este modo, se ayuda al Pueblo de Dios a reconocer que ‘la lectura del Evangelio constituye el punto culminante de esta liturgia de la Palabra’. Siguiendo las indicaciones contenidas en la Ordenación de las lecturas de la Misa, conviene dar realce a la proclamación de la Palabra de Dios con el canto, especialmente el Evangelio, sobre todo en solemnidades determinadas. El saludo, el anuncio inicial: «Lectura del santo evangelio...», y el final, «Palabra del Señor», es bueno cantarlos para subrayar la importancia de lo que se ha leído*” (VD 67). Es evidente que llevar la ‘Biblia’ en la procesión de ofrendas es un absoluto sin sentido: las Escrituras no se ofrecen a Dios, sino que son su don; y Él en la Liturgia de la Palabra acaba de regalarnos el don de su presencia. También cabe observar que no corresponde cantar el Aleluia después de la proclamación del evangelio. Mejor hacer bien lo que la Liturgia nos indica y transmite.

Aquí tenemos mucho para crecer de acuerdo con la recomendación del Concilio “*Procuren los pastores de almas que las Horas principales, especialmente las Vísperas, se celebren comunitariamente en la Iglesia los domingos y fiestas más solemnes. Se recomienda, asimismo, que los laicos recen el Oficio divino o con los sacerdotes o reunidos entre sí e inclusive en particular*” (SC 100). Y añade el Catecismo de la Iglesia Católica: “*La Liturgia de las Horas está llamada a ser la oración de todo el Pueblo de Dios. En ella, Cristo mismo ‘sigue ejerciendo su función sacerdotal a través de su Iglesia’* (SC 83) (Cat IC 1175).

14. La Palabra de Dios en toda la vida de la Iglesia

Ciertamente la escucha de la Palabra de Dios no se limita a la Liturgia.

Con alegría vemos como en los diferentes grupos crece el lugar de la Palabra de Dios. En primer lugar alentamos a los Grupos de lectura orante de la Biblia y a otras formas de grupo o comunidades que escuchan, comentan y buscan juntos el conocimiento y la oración de la Palabra de Dios, para oír el llamado de Dios y seguirlo en sus vidas.

Las reflexiones que anteceden pueden ayudar a enriquecer el aprecio por la Palabra de Dios, la profundización en su misterio, la renovación de la fe en la escucha.

La *lectio divina* tanto en la oración personal como comunitaria se ha hecho más habitual y frecuente. Es siempre bueno, tanto rever si se van cumpliendo todos sus pasos en su adecuada forma y medida, cuanto renovar el espíritu interior con que se lleve a cabo.

También queremos hacer un llamado para que la escucha y la oración con la Palabra de Dios, recibida en la Iglesia, esté en todo encuentro, incluidos los más dirigidos a la acción. De allí ha de partir toda actividad pastoral, que debe estar alimentada por la misma Palabra.

Somos invitados a revalorizar la Palabra divina en la vida de la Iglesia, fuente de constante renovación, deseando al mismo tiempo que ella sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial (cf. VD 1).

Un llamado particular va dirigido a las *familias*. Los padres tienen el sagrado derecho y deber de comunicar la fe a sus hijos. La fe es el mayor bien que pueden darle, por encima de cualquier otro. Es en el seno de la familia que ha de comenzar el trato cercano con Jesús y con el Padre celestial, con María y la Iglesia. Es la familia en donde debe resonar en primer lugar la Palabra de Dios y la voluntad de

vivirla. Es la familia la que ha de acercar a sus hijos a los sacramentos de Cristo y en particular a la celebración de la Palabra y el Sacrificio de Cristo.

Una dimensión esencial de la escucha de la Palabra de Dios por parte de la Iglesia y de cada cristiano es la *misión*, el envío por parte del Señor. Este envío es en primer lugar a llevar el Evangelio a toda la creación. La gracia de haber sido llamados a la fe por la predicación de la Palabra de Dios, comporta el ser testigos de Cristo y anunciadores de su gracia.

En primer lugar somos enviados a los que nos rodean. En segundo término hay vocaciones para evangelizar en determinadas circunstancias y sectores. Todos juntos con la entera Iglesia somos responsables del anuncio de la gracia de Dios a todas las naciones.

La Palabra de Dios, Jesucristo, nos envía a los hermanos para que, con caridad operante, los sirvamos y ayudemos. Toda la energía de la caridad para con el prójimo es iluminada por el amor de Dios revelado en Cristo y sostenido por su palabra.

“La luz de la fe no nos lleva a olvidarnos de los sufrimientos del mundo. ¡Cuántos hombres y mujeres de fe han recibido luz de las personas que sufren! San Francisco de Asís, del leproso; la Beata Madre Teresa de Calcuta, de sus pobres. Han captado el misterio que se esconde en ellos. Acercándose a ellos, no les han quitado todos sus sufrimientos, ni han podido dar razón cumplida de todos los males que los aquejan... El sufrimiento nos recuerda que el servicio de la fe al bien común es siempre un servicio de esperanza, que mira adelante, sabiendo que sólo en Dios, en el futuro que viene de Jesús resucitado, puede encontrar nuestra sociedad cimientos sólidos y duraderos” (LF 57).

Concluyo orando con ustedes a María Santísima con palabras del Papa Francisco:

“¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor” (LF 60).

Que el mismo Jesús, Palabra Eterna del Padre, entregada por nosotros los bendiga

+ Alberto, Obispo de Canelones.